



## CASTILLA

Por los campos del «Mío Cid». Soncarazo. Silos.  
El Castillo.

### I.—Burgos. La meseta castellana. Camino de Salas de los Infantes.

*17 Marzo.*—He pasado la noche en Burgos; durante buen rato he sentido en mi interior el aleteo del pasado, las vibraciones de esta recia historia castellana. Son su grandiosa catedral, sus iglesias y sus calles vistas a la luz de la luna, las que me han retenido durante algunas horas en un deleite espiritual, que sólo en estas viejas ciudades se experimenta. Y después, el recuerdo de estas cosas, me han sumido en un tranquilo sueño, fortalecidas mis ideas por un pasado grandioso. El reposo me ha dado alegría y esa esperanza templada del eterno sosiego humano en que se hallan sumidos estos gloriosos restos de nuestros antepasados.

*18 Marzo.*—Muy de mañana me hallo dispuesto a aprovechar el día y monto en un auto, camino de Salas de los Infantes.

Las primicias primaverales no han prodigado aún sus frutos y los campos hallanse tristonos, escasamente avivados por el trigo aún en embrión; las nuevas tierras surcadas para próximas siembras, dicen bien poco a la coloración del conjunto, frío casi invernal de estas gamas apagadas.

Y entre esta frialdad y este aparente reposo de la rica meseta ondulante y señorial, yérguese la «Caput Castellae» avivando el ambiente, con su gran masa gris y marrón, de afiladas torres y severo conjunto, dando una nota evocadora y de ensueño.

Estas polvorientas y blancas carreteras, son un remanso de paz. Cruzan por ellas pesadas galeras tiradas por cansinos mulos, rebaños que regresan de Extremadura, campesinos, ganados y alguno que otro autobús de línea. Por ambos lados se elevan alamos gigantescos, desnudos con asomos de resurgimiento en sus ramas que van tomando un color sepia. Y estos árboles severos son los únicos que sobresalen y animan la meseta.

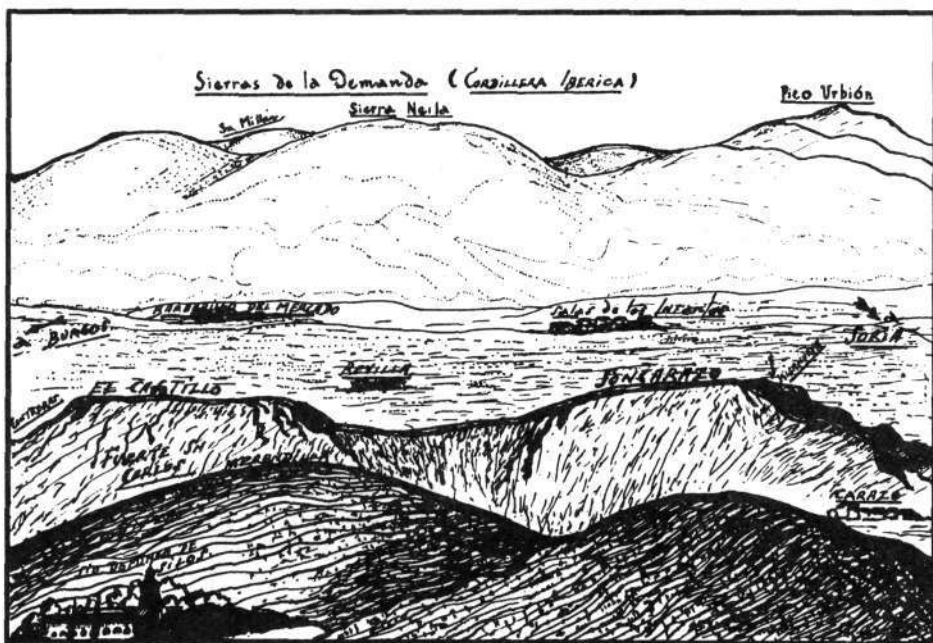
Van apareciendo los pequeños altozanos, donde el ganado paca a sus anchas, jaras, espinos, hierba amarillenta, brezo y alguno que otro arroyo.

De vez en cuando atravesamos algún pueblecillo, humilde, oscuro, de nombre evocador: Saldaña, Hontoria, Cubillo, Mazariegos, Hortigiuela.

Humean las pintorescas chimeneas en forma de campana, y esto es lo único que parece moverse en estos humildes villorrios. Sus campanarios, sobresalen gallardos. Sus calles se hallan desiertas.

A trechos, algunos curiosos campesinos nos despiden al pasar y tornan en seguida a su rutina, a tomar los aperos de labranza.

Ahora pasamos por grandes praderas, en las que numerosos corderillos y caballos se aprovechan de la hierba.



Sierra de la Demanda, croquis a pluma.

Vamos llegando a la rica Villa de los Infantes y el ambiente va cambiando; ya se ven más montañas, ya la altura es mayor y por lo tanto el frío más intenso.

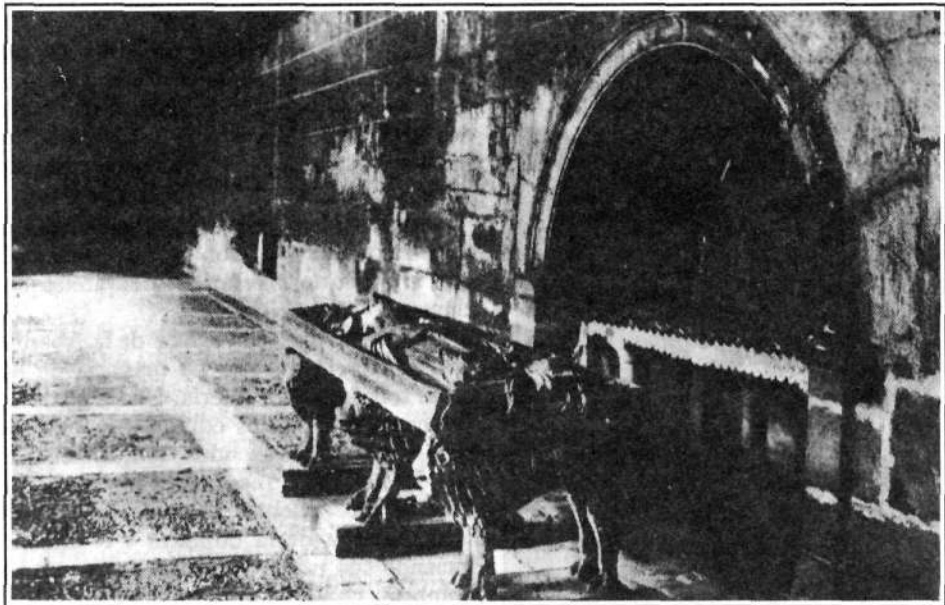
## II.—Hacia Santo Domingo de Silos por el Soncarazo.

Un pequeño refrigerio, y en marcha para el Soncarazo. La ancha vega, se extiende en unos cuantos kilómetros. El terreno se compone en su mayoría, de sembrados y praderas; en estas últimas se encuentran bastantes rebaños, que en la calma de la mañana y bajo la serenidad del cielo parecen cuadros de Courbet.

Un pueblecillo, Villanueva del Carazo, en el que me dispongo a comer. Es en un mesón de aspecto miserable, oscuro y estrecho. Pruebo del poco yantar de que disponían; sardinas en aceite, chorizo frito y huevos.

En la misma mesa, tiran de jarra unos labriegos y al ánimo del «tintillo» comentan las incidencias de la venta de un «gito» (1). Quien más charla y alegra la conversación es un tipo rubio, con ojos de pillo, nervioso y de «fabla» muy gatuna y socarrona. Sus refranes, agudezas y viveza de conversación, hacen pasar un rato agradable. Uno de los que se encuentra en la mesa, me indica el camino de subida para la cumbre.

Parto de Villanueva a las doce y media. Luce el sol espléndido. Voy subiendo por unos canchales grises muy pendientes. Subo y subo y después de librar un paso



Santo Domingo de Silos. Primitivo sepulcro del Titular del Claustro, siglos XII-XIII.

entre rocas, algo escabroso, me hallo en una de las puntas de la cumbre, a la una y veinte.

El paisaje, es algo grandioso en la altura. A ambos lados el dominio de pueblos y tierras es muy amplio. Los abetos decoran aún más este suelo y a trechos se ven numerosos grupos de vacas y cabras, que son una nota aguda para el contraste. Voy respirando libertad, alegría, paz y esa indefinible sensación que se experimenta en las montañas medias.

Después de un buen paseo por la cumbre, desciendo por la otra vertiente. Son las dos menos cuarto y a las dos y veinticinco paso por Carazo de la Sierra, cuna del actual Cardenal Primado de España, doctor Segura.

Unos cuantos pasos por caminos entre labrantíos y en seguida la subida para el altozano de Merendilla.

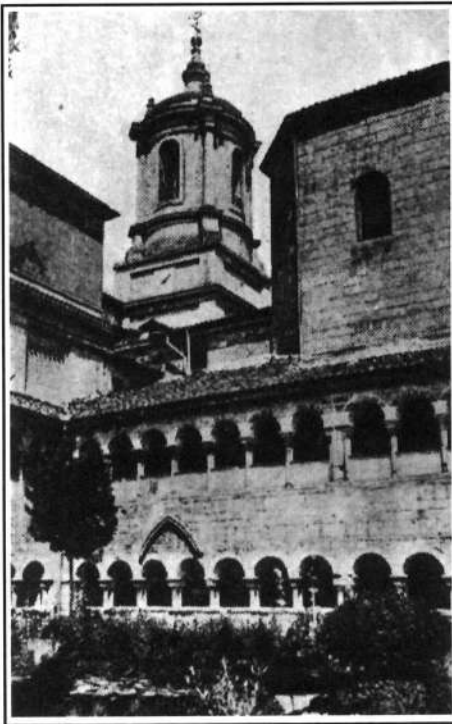
Cambio completo de paisaje; se hallan a mi vista los amplios valles gris perla,

(1) Becerro.

los originales valles que en pocos lugares de Castilla podremos contemplar. Montañas calcáreas salpicadas de abetos, llenas de espliego y tomillo que embalsaman el ambiente, montañas que parecen hallarse ocultas, huyendo de lo vulgar y del mundo, montañas que han contemplado todo el espíritu místico y guerrero de una raza; que vieron pasar al Cid con sus huestes gloriosas, y fueron testigos de la invasión y expulsión de las hordas moras. ¡Montañas que yo venero! ¡Montañas sagradas!

### III.—En Silos.

Mis pies no cesaban de caminar y a las tres y media llego al simpático pueblecillo de Santo Domingo de Silos.



Santo Domingo de Silos. El Claustro y la torre de Ventura Rodríguez, siglo XVIII.

es grata. Lápiz en mano, voy copiando algunas de las delicias decorativas de los capiteles; sueños de artista, trozos de alma metidos en la piedra; viven, vivirán y jamás pasarán de moda. No existe moda para el arte; estos capiteles son una de tantas cosas que lo confirman.

Silencio absoluto; sólo el surtidor del patio, entona su rítmica sinfonía, que es vida y alegría para esta quietud. Las flores, que en el jardincillo se encuentran, hállanse lozanas saludando a la nueva estación y sus risueños tonos cantan a la vida.

Son las diez. La clásica procesión del claustro, antes de misa mayor, está pasando. Oraciones cantadas a coro por los numerosos benedictinos, rompen por un

Sin perder tiempo me dirijo al Monasterio y acompañado de un Padre benedictino veo a la ligera lo más importante del edificio: los claustros, la biblioteca, el museo de arqueología e historia natural, la iglesia, etc.

Mi intención es regresar al siguiente día para examinar todo con calma y sacar algún croquis de los famosos capiteles del claustro.

Me entretengo, a la salida de la Abadía, en recorrer el pueblo. La mayoría de las casas son de piedra sillería. Una simetría y un buen gusto en los edificios, muchos de ellos con grandes escudos, indican el rango de nobleza que conservó en algún tiempo este pueblo. Danzan alegres los mozos al son de la dulzaina y el tambor; luciendo sus trajes de gala; oscuros en los hombres, chillones en las mujeres.

Ceno y me acuesto en una pacífica posada.



19 Marzo.—Me dirijo al claustro muy de mañana.

El día se presenta claro, aunque sin sol. La estancia entre las veneradas piedras

momento el silencio, pero es para luego darle más gracia, pues a estas oraciones ha de seguir una dulce y evocadora música gregoriana, que durante toda la misa se ha de oír.

¿Cómo traer la emoción de estos lugares de paz? ¿Cómo sacar la infinidad de sedantes ideas que se nos agolpan al admirar estas bellezas?.....

Extasiémonos en el goce puro de esta tranquilidad espiritual y dejemos para otros la explicación psíquica de esta clase de sensaciones.

Va llegando el mediodía, y la luz es más clara en el interior del claustro. A ratos sale el sol y fórmanse claroscuros divinos. A las doce, hora de comer para la comunidad, tengo que salir de este venerado recinto y marchó a la posada.

#### IV.—Regreso. «El Castillo».

Buena comida casera tengo en la mesa; a la terminación de ésta emprendo el regreso. ¡Otra vez camino de Merendilla! ¡Otra vez a contemplar los valles color perla, a aspirar el dulce aroma del tomillo y espliego!

Voy dejando atrás el pueblo; recórtase éste entre el fondo azul de las montañas, y el color arenoso de las piedras de su caserío, toma tonalidades de oro, al contraste del azul y el nácar del cielo.

Son el espliego y el tomillo los que me hacen pasar desapercibido el camino hasta el alto; estrujando sus hojitas y aspirando el serrano aroma, saboreo mucho del encanto de estas montañas.

Llego al alto de Merendilla, a las tres de la tarde. Sopla una brisa fresquita. El cielo se ha encapotado. Paso a la otra ladera. Charlo un rato con una guapísima zagala, todo candor, pureza y virginidad; de mejillas color guinda, de conversación alegre e ingenua. Es de Carazo y no sabe los nombres de las tierras próximas a su pueblo; toda su vida la lleva en el campo y no conoce las hierbas olorosas, ni sabe en qué día de la semana vive. ¿Qué ideas, qué esperanzas, qué ilusiones guarda en su cerebro y su corazón?.....

Ahora voy atravesando los terrenos de siembra y praderas. Poco a poco me voy aproximando a la montaña «Fuerte San Carlos». A las tres cuarenta y cinco me hallo al pie de la misma. Cuarenta minutos me cuesta la subida hasta la cumbre del «Castillo». Ésta es amplia, despejada sobresaliendo el rocoso castillo. Un horizonte parecido al del Soncarazo. Las montañas de Silos por un lado, la meseta y la Cordillera Ibérica por otro, con su Urbión, Neila y San Millán.

Regreso después de tomar unas breves notas y ahora por buen camino voy bajando a Revilla.

Tierras rojas, campos paniegos, altozanos cubiertos de robledos. Va cayendo la tarde, el cielo toma coloraciones granas, extiéndense las nubes en largas líneas y toda la naturaleza se dispone al descanso. Es la hora del retorno del ganado a los rediles, la hora del *Angelus*.

De Revilla voy a Barbadillo del Mercado, donde tomo el tren que me dejará en Burgos a las nueve de la noche.

¡Gratas andanzas que perdurarán en mi vida!

ANDRÉS ESPINOSA.

Primavera de 1928.

(Dibujo y fotografías del autor).